

Yo tomo el consejo; pero dejo para mañana la visita; pues no es cosa de ver de prisa y con poca luz aquello que se ha estado deseando durante un cuarto de siglo.

Diríjome, por lo tanto, al *Palacio*, adivinando que en él habrá mucho menos que estudiar.

El sol acaba de ponerse.

Yo no tengo noticia de este palacio, aunque sospechaba su existencia.—Aténgome, pues, á las noticias que me da el conserje que me lo enseña y á mis propias observaciones.

Hoy no lo habita nadie; pero está amueblado y dispuesto para recibir á Victor Manuel, que pasará aquí el Carnaval.

El edificio no es notable como obra de arquitectura, á no ser por su magnitud.—Segun el conserje, fue edificado á principios del siglo XIV por Azon Visconti, y contuvo muchos frescos de *Giotto*. Despues vino en ruinas y quedó deshabitado, hasta fines del siglo último, en que se reconstruyó casi totalmente.—Los Visconti, los Sforza y los gobernadores españoles y franceses han vivido entre tanto en el *Castello*, situado á la otra parte de la ciudad, y convertido hoy en cuartel y ciudadela.

Por consiguiente, la gran importancia histórica del palacio en que nos hallamos consiste en haber sido residencia de los vireyes y gobernadores generales austriacos, cuando Milan era capital del reino Lombardo-Veneto, ó sea hasta hace quince meses.—Este era, pues, el centro del odio de los italianos al Austria.—De aquí partian las medidas de rigor, los decretos tiránicos, las prisiones arbitrarias, las sentencias de muerte; y hácia aquí se dirigian las maldiciones, los juramentos de venganza, las conspiraciones continuas, las canciones patrióticas, los alborotos de los teatros, los conatos de regicidio.

Tiene este edificio otro aspecto interesante, y es el que se refiere á Napoleon I.—El moderno César se hizo coronar aquí rey de Italia. El gran *Salon de las Cariátides*, que es precioso, se halla adornado con la *Apoteosis* del vencedor de Marengo, pintada al fresco por Appiani. Bonaparte está representado bajo la figura de Júpiter, apoyado en el Aguila. En otro salon se ven dos admirables bustos del insigne conquistador, esculpidos por *Cánova*, por el inmortal *Cánova*, por el último descendiente de *Fidias*!—Estos dos bustos y el célebre grabado de *Calamata*, copia monumental de la mascarilla modelada sobre la faz exánime del prisionero de Santa Elena, son los mejores y mas vivos trasuntos que han quedado de la hermosa, clásica y sublime cabeza del capitán del siglo.—De los dos bustos de *Cánova*, uno representa á Bonaparte; joven, delgado, sentimental; al general de Italia; al héroe de las Pirámides; cuando mas, al primer cónsul. El otro es ya el César; el legislador; el dueño de Europa; el caudillo de Jena; el diplomático de Tilsitt.

En otra habitacion me enseñan el lecho en que durmió Napoleon III despues de la batalla de Magenta.

La principal reforma hecha últimamente en el palacio, consiste en haber

cortado una de sus dos cabezas á las águilas austriacas bordadas con oro sobre los tapices de terciopelo. Con esto y con añadirles algunas cruces de Saboya, han conseguido que estas águilas puedan pasar por latinas.

Pero son las seis y cuarto, y la mesa redonda del hotel es á las seis y media.—Vámonos allá sin pérdida de tiempo.—El teatro de la *Scala* se abre á las ocho, y yo no quiero perder la sinfonia...

Estamos á la mesa en el soberbio comedor del *Hotel de la Ville*.

Entre las veinte personas que comen al mismo tiempo que yo, no hay una sola mujer agradable; no tengo un solo amigo; no se encuentran siquiera dos personas que se conozcan.—Reina, pues, un silencio sepulcral.

Yo me acuerdo de la *table d'hote* de Turin, de Iriarte, de las inglesas, de España, de aquellas amables familias madrileñas que dan hospitalidad en su mesa á los hijos-pródigos, librándolos así de la esquiva soledad de las fondas y casas de huéspedes, ó del triste velador en que come el soltero de casa abierta... y póngome melancólico; y reniego de mi viaje...

Pero pronto viene á consolarme la idea de que todos los que callan en torno mio se encontrarán en mi mismo caso.—A mi izquierda come un joven alemán, y á mi derecha un joven inglés.—Uno y otro llevan su nacionalidad impresa en la fisonomía.—En frente de mí hay un caballero que me mira tenazmente, y cuya patria no he podido adivinar. Yo le miro tambien, pareciéndome haberle visto en otra parte.—Será ilusion mia.

El alemán que tengo á la izquierda no habla una palabra de italiano, y me suplica que diga á un camarero no sé qué cosa.—Yo le complazco, sin darle cuenta, al principio, del idioma en que me ha dirigido la súplica.

La mesa es muy larga, y mas de la mitad se halla desierta, como un arenal, como una pampa, ó como el valle de Chamounix cuando yo lo visité.

Al estremo de ella acaban de colocarse de pie tres fatídicos espectros, armados de instrumentos músicos.

Son tres artistas callejeros, vestidos con una elegancia que da espanto...

Empiezan á tocar...—¡Hé aquí el terceto final de *Hernani*!—Pláceme la eleccion.

Ella...—porque hay una *ella* (y por cierto joven y hermosa, aunque lúgubre como el hambre)—ella toca el violin. Un hombre de treinta años lleva la voz cantante en un clarinete. Un pobre viejo toca el violon...—el *violoncello*, quiero decir. El resultado es admirable. ¡Infelices! ¡Tan artistas y pidiendo limosna!

De pronto asáltame el recuerdo, ó bien despiértaseme la conciencia de que acabo de oír hablar en español.—El eco de la palabra *usted* resuena en mis oídos... ¡Y ha sido el alemán quien la ha pronunciado... no tengo duda!

Interpelóle sobre el particular, y resulta que el joven habla el castellano como Cervantes. Es hijo de Prusia; pero hace ocho años que vive en la América española, representando una casa de comercio y acreditado como cónsul de Dinamarca en la capital de una república del Sur.



La circunstancia de tener yo amigos muy queridos en aquella apartada region, y amigos que él tambien conoce, acaba de relacionarnos.

H. de V..., que así se llama el prusiano, ha venido á Europa á ver á su familia, con la que ya ha pasado un mes. Despues ha recorrido la baja Italia. Ahora se dirige otra vez á su casa por Venecia y Viena; y el 1.º de diciembre debe de embarcarse en Liverpool para el Nuevo Mundo, donde piensa permanecer aun otros ocho años.—Esto es viajar; no lo que yo voy haciendo.—¡Ese jóven sí que tiene motivos para ponerse melancólico á ratos!—Pero él es aleman.

Al levantarnos de la mesa, es ya cosa convenida que haremos juntos el viaje de Milan á Verona, donde yo quiero detenerme un dia, y que luego volveremos á vernos en Venecia.

Con que vamos al teatro.

Preguntando se va á Roma, y preguntando voy yo al *Teatro de la Scala*.

Al fin lo descubro en una plazoleta formada por la confluencia de seis calles. La luz de la luna ilumina su alta y graciosa fachada. Muchos faroles de gas alumbran el vestibulo. Lujosos carruajes acuden por todas partes, y de ellos descenden esas huecas, blancas, flotantes, fantásticas visiones, que répresentan á la dama principal del siglo XIX en toda su vaporosa magestad. Un enjambre de revendedores de localidades y de espendedores del programa de la funcion, del libreto de la ópera, del argumento del baile y de los periódicos de la noche, obstruye todas las puertas del coliseo. La milicia nacional monta la guardia.

Yo no veo todas estas cosas sin cierta emocion. ¡Ha oido uno hablar tanto desde niño de este colosal templo de Euterpe! ¡Se han formado aquí tantas reputaciones! ¡Han debutado aquí tantos cantantes que despues alcanzaron renombre universal! ¡Se han estrenado aquí tantas obras maestras!

En este teatro presentó Donizetti las partituras manuscritas de *Anna Bolena*, *Lucrezia Borgia* y *Gemma di Vergi*, y esperó temblando, con aquel terror que solo conocen los autores de obras líricas ó dramáticas, el fallo inapelable del público. Aquí se oyó por primera vez la música de Verdi (*Oberto di San Bonifazio*). Aquí aparecieron tambien *Ernani*, *I Due Foscari* y *Nabuco*. Aquí ensayaron y dirigieron sus principales obras Rossini y Bellini, y de aquí fueron llevados en triunfo á sus casas. Aquí recogieron larga cosecha de aplausos la Pasta, la Malibrán, su hermana Paulina, Tamburini, Moriani, Rubini, Ronconi y tantos otros célebres cantantes. Aquí se resume, finalmente, casi toda la historia de la música moderna, casi toda la vida de la ópera.—Este es el emporio del arte predilecto de nuestro siglo.

La antigua nombradía del *Teatro de la Scala* no proviene, sin embargo, de estas razones, que llamaré *morales*, sino de su magnitud y hermosura, y del lujo y pericia que resplandecen en los espectáculos que se dan en él.

Acerca de todo esto, juzgaremos pronto por nosotros mismos.

Ahora nos resta solo decir que fue construido en 1778 por una sociedad particular, y que debe el nombre que lleva á la circunstancia de haber sido edificado en el sitio que fue iglesia de *Santa María de la Scala*, erigida por una princesa

de la familia de los *Scala* de Verona, casada por mas señas con Barnabo Visconti, duque de Milan, grande amigo de Petrarca y padre de aquel famoso *Galeazzo*, que tanto nos dió que pensar esta mañana en la Cartuja de Pavia.



La duquesa de Parma.

Con que vamos adelante.—En el despacho de billetes compro por unas siete pesetas una llave de *sedia chiusa*, ó sea una butaca, y penetro en el coliseo.

Indudablemente, es una magnífica obra, de amplias y elegantes proporciones; pero la verdad sea dicha, se diferencia muy poco de los demás teatros principales que llevo vistos. Cierto que es mas noble y desahogado que los de París y Turin, y el mas espacioso de toda Europa; cierto que sorprenden sus seis órdenes



de palcos y su decorado del mejor gusto; cierto que habrá habido razon para admirar este coliseo cuando tenia tan pocos rivales, y que, aun hoy, debe llamar la atencion de los franceses, cuyos teatros son tan incómodos y abigarrados; pero con todo, no es tan singular y extraordinario, tan monumental y grandioso como se lo promete la imaginacion del viajero.

En cuanto á mí, yo digo mas.—Yo proclamo que la sala, los palcos, los pasillos y las butacas de nuestro *Teatro Real* de Madrid, esceden con mucho en suntuosidad, en holgura, en *confort*, en buen tono, á la sala, los palcos, las butacas y los pasillos del *Teatro de la Scala*.—El *Teatro Real*, con ser mas pequeño que este; con tener solamente cuatro órdenes de palcos; con no poder albergar sino una mitad de los espectadores que caben aquí, ofrece tal lujo ó prodigalidad de espacio; aposenta al público tan cómodamente; respira tanta magestad y tanto decoro, que parece doble mas espacioso de lo que es, cual si, á los ojos de la ilusion, *grandor* y *grandeza* fueran una misma cosa.

Añádase á esto que en el *Teatro de la Scala* no se ve ni por asomos aquella brillante y aristocrática sociedad que en el *Real* de Madrid ocupa siempre todos los palcos y butacas; aquel *mundo* elegante, rigurosamente vestido, que acude á la ópera como á una fiesta; aquellos dos mil guantes blancos (á dos guantes por persona) que se agitan en el aire en el momento del aplauso.—En el *Teatro de la Scala* está la gente como en la plaza pública; como antiguamente estaria en el teatro pagano abierto á la luz del sol y al aire libre; con no sé qué abandono y confianza, que demuestran que el espectáculo escénico no es para los italianos una funcion solemne, sino el acto mas ordinario y familiar de su vida. Asi es que, esceptuando los palcos de platea y los *d'ordine nobile* (principales) en que se ven damas y caballeros *en grande tenue*, el público se halla vestido de cualquier modo, conserva el sombrero puesto durante la representacion (como en los antiguos anfiteatros); se agrupa de pie en el fondo de la sala, lo mismo que en Turin; se embriaga con la música como nosotros con los toros, los franceses con el *cancan* y los ingleses con las carreras de caballos; y al aplaudir frenéticamente,—cosa que hace con demasiada frecuencia,—se conoce que aplaude á un mismo tiempo á los cantantes, al compositor, al libretista, á sí propio, al idioma italiano, y hasta á la Italia misma... ¡á la noble Italia, patria de la música; á la imperecedera Italia, señora ayer del mundo, y hermosa vestal hoy, encargada de mantener vivo el fuego inmortal del arte!

Con que héme en mi *sedia chiusa*, que ya es una *silla abierta*, y por cierto nada cómoda.

¡Qué casualidad! A mi derecha se halla sentado el caballero que ha comido en frente de mí en el hotel; aquel que me miraba fijamente y cuya patria no he podido adivinar.—Es hombre de unos cuarenta y cinco años, sério, condecorado con una cinta roja, y de elegante y distinguido porte.—Yo me afirmo cada vez mas en que lo he visto antes de ahora; pero no recuerdo dónde, cómo ni cuándo.

Empieza la sinfonia; la sublime sinfonia de *Guillermo Tell*; oda inmortal que sirve de prólogo á un poema.

La orquesta es de primer orden, asi por el cuantioso número, como por la variedad de los instrumentos, y por la armoniosa distribucion de sus partes, por la simultaneidad y concierto de sus voces, por su *unidad de expresion*, si se me permite esta fórmula.

Córrese el telon.—El escenario es inmenso; las decoraciones esceden á todo elogio; los coros y los trajes son escelentes.—Únicamente los cantantes dejan mucho que desear.

Todos me son desconocidos... hasta de nombre. La compañía no es de *primo cartello*, ni aun de *secondo*.—Está visto; hasta que llegue la pascua de Navidad, no conseguiré oír cantar bien en Italia.—Los grandes artistas se hallan ahora dando conciertos en Inglaterra, Alemania y Rusia.—La pobre gente que profana este clásico escenario, desgarrá mis oídos y marchita mis ilusiones, es, sin embargo, mucho mas soportable que la del Teatro Nacional de Turin.

Afortunadamente, el programa de la funcion se compone tan solo de los dos primeros actos del *Guillermo* y de un baile de espectáculo.

El argumento de este baile es turco, la música francesa, y los pasos y pantomimas cosmopolitas.—En cuanto á las bailarinas, las hay verdaderamente hermosas.

¡Quién me lo dijera! ¡Me estoy aburriendo soberanamente en el *Teatro della Scala*!

Mi vecino y compañero de mesa se aburre tambien á lo que parece.—El baile no tiene fin y carece de toda novedad.

Con este motivo hablamos, primero en italiano y luego en francés; y uno y otro nos convencemos de que ninguno de aquellos idiomas es el nuestro, y de que no somos tampoco ingleses ni alemanes.

—Usted es español, me dice de pronto mi vecino.

—Sí, señor: y usted tambien, le contesto yo en el castellano claro que él acababa de emplear.

—Me lo habia figurado desde que lo ví á usted.

—En cambio, yo creo haberle visto á usted en otra parte.

—Yo soy el duque de U.—; todo el mundo me conoce en Madrid.

El duque de U.—es grande de España de primera clase.

—Pues si es usted el señor duque de U.—, le replico, yo no le he visto á usted nunca; pero conozco y trato á su señora, á sus hijos y á toda su familia: de modo que le he sacado á usted por la pinta.

—Yo falto de Madrid hace tiempo.—Y usted ¿quién es?

Etc.

—¿Conocerá usted á Fulano?

—Sí... mucho... ¡Qué guapo es!

—¿Y qué se hizo de Mengano? ¿Sigue...

—¡Hombre! ¿Y Zutano?

—¡Ah! Zutano. Yo lo quiero mucho. Pues ¿y Perengano?

—¡Qué bueno es Perengano!



—¿Y cómo anda aquello?

—¡Ah! España es esto y lo otro... y lo demás de allá... ¡Pero no hay cosa como España! Los italianos son así, y los franceses del otro modo, y los españoles... ¡ah! ¡los españoles!

—¡Caramba! ¡Mire usted que es casualidad! ¡Comer juntos y pasar la noche codo con codo sin hablarnos una palabra!

—Y no obstante parecía que algo nos avisaba que no nos éramos completamente extraños.

—¿Y viene usted por mucho tiempo?

—¿Y vuelve usted pronto por aquella tierra?

—¿Y vió usted á mi familia?

—¡Qué mal han cantado!

—¡Qué baile tan soso!...

—¿Usted vive en el hotel?

—¿Usted conoce á Milan?

—Etc., etc.

—Pues señor, tomaremos té en el *café del Comercio*, plaza de la Catedral, y nos iremos á casa.

—¿Y mañana qué hacemos?

—Etc., etc.

Es la una de la noche.

Paréceme que acabo de darme un baño de España.

¡Cuánto hemos charlado ese buen aristócrata y yo! ¡Qué modo de convenir en ideas! ¡Qué manera de elogiar á todos los ausentes! ¡Qué buenos han sido todos los hombres que conocíamos los dos! ¡Qué embellecido por la distancia hemos visto á Madrid! ¡Qué tontería es viajar! ¡No hay nada como España! ¡Qué gana teníamos los dos de hablar en español y como españoles! ¡Y cómo nos hemos divertido!

Ahora estoy solo, en mi celda de viajero, completando mi larga historia de hoy y formando mi programa de mañana.

¿Qué será á estas horas del señor cura de Pavia?

Pero no retrocedamos, no nos paremos en esta cruel peregrinación, en que los sentidos, como otros tantos bárbaros, van asolando todas las ilusiones de mi vida; van desvaneciendo todos los fantasmas de mi imaginación; van reduciendo á prosáicas realidades mis sueños dorados de ver el Mont-Blanc, el Pó, la Cartuja, el *Duomo*, el *Teatro della Scala* y tantas otras cosas. Sigamos adelante, á fin de que pronto la luz crepuscular del recuerdo preste una nueva poesía, mucho mas bella que la de la esperanza, á estas fugaces y desabridas emociones.

¡Estoy en Milan!—Esto no significa hoy nada para mí, sino con referencia al ayer. Si yo hubiera nacido en Milan, habria deseado conocer la Andalucía. Cuando el año que viene esté en Andalucía, la memoria de mi residencia en Mi-

lan me llenará de encanto. Ya lo he dicho: el hombre no ama mas que lo que desea y lo que pierde.

¡Estoy en Milan! Posesionémonos bien de esta idea.—Analicemos lo que esto quiere decir.—Establezcamos cuál era la importancia que yo daba á Milan antes de penetrar por sus puertas.—Recordemos su historia; consultemos su plano; estudiemos su estadística.

Milan fue fundada por los galos 587 años antes de la venida de Jesucristo, y despues de haber sido capital de los Insubres, formó parte del imperio romano y se vió eclipsada por Módena y Mantua.—Pocos siglos despues mereció ya ser considerada como la capital de la alta Italia; tanto, que el emperador Maximiano residió en ella.—Aquí fue donde Constantino dió su famoso Edicto en favor de los cristianos, que cambió la faz del antiguo mundo.—Tomáronla despues los lombardos y la supeditaron á Pavia, en que establecieron su capital; pero cuando Carlo-Magno destruyó esta última ciudad, Milán volvió á ser la metrópoli de la Lombardia; puesto de honor que no perdió ya nunca.—Mas adelante, cuando principió la lucha entre los *Güelfos* y *Gibelinos*, ó sea entre los *Papas* y los *Emperadores*, ó por mejor decir, entre Italia y Alemania, Milan declaróse *güelfa*, emancipóse de la dominación imperial y erigióse en república independiente.—Esta actitud heroica atrajo sobre ella la ira del emperador Federico I, que la destruyó en 1162, no dejando piedra sobre piedra.—De aquí nació la célebre *Liga Lombarda*, alianza guerrera formada entre Milan y otras ciudades, que se habian propuesto tambien sacudir el yugo alemán.—Esta formidable Liga derrotó en *Legnano* al emperador Federico Barbarroja y obtuvo la ventajosa *Paz de Constanza*.—Entre tanto Milan habia vuelto á brotar de la llanura, mas floreciente y poderosa que antes.—Cincuenta años despues, los emperadores de Alemania volvieron á probar fortuna; pero formóse la segunda *Liga Lombarda*, y la victoria militó de nuevo bajo sus banderas.—Entonces aconteció lo que acontece siempre en semejantes casos: la gloria reemplazó á la libertad. La guerra habia hecho célebres á algunos hombres, y estos hombres se prevalieron de su fama para convertirse en señores, trocando en obediencia el amor que inspiraban á sus conciudadanos.—El *César* de Milan fue un tal *Pagano della Torre*, oriundo de los Alpes, que habia ganado una gran pópularidad curando heridos; popularidad que le valió ser proclamado jefe de la república.—Una vez en este camino, se adivina el resto: el mérito se hizo hereditario: la gratitud popular á sus libertadores y el amor á la independencia se cifraron á una familia: los *della Torre* vincularon en su nombre el gobierno de Milan.—Despues de *Pagano* vino *Martin*, que dominó como *Podestá*. A este siguió *Felipe*, que acabó con las franquicias republicanas y ejerció la dictadura; pero, que, en cambio, dió mucha gloria á la república en los campos de batalla. Muerto Felipe, asomó un sobrino suyo, llamado *Napoleon della Torre*, el cual arrojó ya la máscara; intitulóse *Señor de Milan*; oprimió al pueblo; reinó por el terror, y no reconoció como arzobispo de Milan á *Othon Visconti*, á pesar de estar nombrado por el Papa. Pero este arzobispo era hombre que lo entendia, y en vez de andarse con discusiones esco-



lásticas, montó á caballo; empuñó una espada; sublevó la Lombardia; derrotó en una batalla á *Napoleon della Torre*; hizole prisionero; entró en Milan triunfalmente; asumió la direccíon y mando de lo temporal y lo eterno, y fue origen de aquella dinastía Visconti, que habia de reinar en el Milanesado cerca de dos siglos.—De la historia de esta familia ya hemos adelantado los principales rasgos. Todos sus señores y duques fueron tiranos, fraticidas, parricidas ó algo por el estilo, y pocos de ellos murieron de muerte natural. En cambio dieron muestras de amor á las letras y á las artes, y se les deben grandes monumentos.—A los Visconti sucedieron los *Sforza* en virtud del casamiento de la última heredera de aquella casa con un famoso caudillo. Los *Sforza* fueron también déspotas, y casi todos ellos murieron asesinados, desterrados ó prisioneros.—A fines del siglo XV, la Francia los arrojó del trono y se apoderó del Milanesado; pero Carlos V intervino en el asunto del modo que sabemos, y habiendo vencido á los franceses en Pavia, repuso en su trono á Francisco Sforza. Poco tiempo despues, y á la muerte de este duque, Milan formó parte de los Estados del rey de España, en cuya situacion permaneció hasta principio del siglo pasado, que fué á poder del Austria, á consecuencia de la guerra de *Sucesion*.—Lo demás, ya nos lo dijo el cura de Pavia. El Milanesado fue invadido por los ejércitos republicanos de Francia en 1796. El tratado de Campo-Formio lo hizo centro de la República Cisalpina. En 1805 formaba parte del reino de Italia, y Napoleon ceñía á su frente la *corona de hierro*. Los tratados de 1815 entregaron nuevamente á Milan al imperio de Austria, que la puso á la cabeza del reino Lombardo-Veneto, y desde entonces hasta nuestros días solo registra dos fechas notables: 1848 y 1859.—¡No puede darse mas triste y azarosa historia!

Milan, con ser estensísima, solo cuenta 200,000 habitantes.—Como hemos dicho, se halla situada en una fértil llanura, levemente inclinada de Norte á Mediodía.—A su izquierda corre un modesto rio—el *Oloná*—; pero el riego y la navegacion interior de la comarca se hacen por medio de magníficos canales que atraviesan la ciudad en varias direcciones.—Milan es una de las ciudades mas ricas, mas cultas, mas manufactureras del continente. Aparte de la sedería, que es acaso su principal industria, cuenta innumerables fábricas de lanería, platería, loza, espejos, instrumentos de matemáticas y astronomía, y de obras de bronce, marfil, alabastro, coral y otras materias.—Su campiña, muy semejante á la de Valencia, produce una cuantiosa cosecha de arroz.—El hierro, el mármol y el carbon de piedra constituyen la principal riqueza de sus montañas.—Los habitantes de la llanura hilan y tejen el algodón en sus casas, pudiendo decirse que cada hogar de campesino es una pequeña fábrica.—Por lo demás, la Lombardia es la tierra mas poblada, mas feraz, mejor cultivada y regada de toda Europa.—Volviendo á la ciudad, diremos que encierra cuanto puede contribuir al lustre y la cultura de una capital importantísima, llevando ventaja á muchas, y entre otras á nuestro Madrid, en el número y esplendor de los grandes establecimientos destinados á consagrar y propagar los adelantos y conquistas del saber humano. Hay en Milan un *Palacio Real de ciencias y artes* con Ob-

*servatorio*, academias especiales de *Escultura y Arquitectura*, otra general de *Artes y Ciencias*, otra de *Artes y manufacturas*, varias *Galerías de cuadros y estatuas*, una magnífica Universidad, dos Liceos, dos Gimnasios, la famosa *Biblioteca Ambrosiana*, que comprende mas de 15,000 manuscritos; un Museo y gabinete de historia natural; treinta hospicios y hospitales; centenares de imprentas, que no dejan de producir libros importantes ó curiosos en varios idiomas; círculos literarios, casinos, institutos y otros muchos centros de ilustracion y de trabajo, que fuera prolijo nombrar.—Los progresos materiales del pais corresponden á los intelectuales, y ceden en honor de la dominacion austriaca. Milan se comunica por medio de ferro-carriles con el lago de Como, esto es, con los Alpes; con Turin, y por consiguiente con el Mediterráneo; con Verona y Venecia, y por lo tanto con el Adriático, con Trieste, con Austria, Prusia, Bélgica, Francia, Suiza, Polonia y Rusia; y pronto se comunicará con Pavia y Piacenza, enlazándose de este modo á la línea que corre por Parma, Módena y Boloña, que irá luego á buscar á Ancona y la baja Italia, uniéndose á su paso á los caminos de hierro que cercan á Florencia.—Además de esto, cuenta con una inmejorable red de carreteras y de canales.

Milan, en fin, es una de las ciudades mas importantes del mundo, por su representacion histórica, por los Concilios que en ella se celebraron, por los varones eminentes que cuenta entre sus hijos (santos, guerreros, artistas, poetas, sabios, inventores), por sus grandes desventuras; por sus monumentos; por sus iglesias, cuya historia se enlaza íntimamente á la de la religion cristiana; por los dramas de que fue teatro; por las guerras á que dió lugar; por los hombres ilustres de todas las naciones que figuran en sus anales; por su hermosura, por su riqueza, y sobre todo (para mí, que soy español) por haber ondeado sobre sus muros durante doscientos años la bandera de Castilla.

Tal es la ciudad en que nos hallamos, y á cuyos númenes vamos á confiar nuestro destino, al depositar la mitad del alma y de la vida en las temerosas manos del sueño.

Acostémonos, pues, y hasta mañana, si Dios quiere.

### III.

La catedral por dentro y desde lo alto de su pirámide.—Museo de pinturas.—La *Cena* de Leonardo da Vinci.—Un anfiteatro romano.—El Arco de la Paz.—Iglesias antiquísimas.—La víspera de difuntos en un cementerio italiano.—Un drama patriótico en el teatro de *S. Radegonda*.

Milan 4.º de noviembre.

¡Qué día el de hoy! ¡Cuánto he visto! ¡Cuánto he andado! ¡Qué tropel de ideas nuevas brilla todavía en mi mente! ¡Cuán diversas emociones han agitado